

El oficio del escritor de hoy

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Da risa que a estas horas la vida, cuando los periódicos impresos están perdiendo la batalla contra las redes sociales y cuando la avaricia de los 140 caracteres del tuitter han convertido en oficio telegráfico decimonónico la transcripción de las ideas, haya quien lea esta nota sobre el oficio de escribir. Y más risa aún, que un anciano como yo, curtido en mil batallas y derrotado por no sé cuántos vetos, reaparezca en el mundo de los colombianistas hablando de un oficio que cada vez lo ejercemos menos personas porque, como a los radios de AM, se nos fue acabando la clientela.

Uno, en su más remota convicción de adolescente, decía con la boca llena de la babaza del orgullo, que escribía para sus lectores. Yo, que me doy el lujo de saber que la novela *Cóndores no entierran todos los días* se ha leído por décadas en mi país y que cada año aparecen más y más estudiantes de colegio y de universidad estudiándola, puedo decirlo con mayor certeza: a mí ya no me leen, a mí me estudian dentro del formato del copy page que aúpa a resumir el libro en muy pocas palabras, a bajar frases de opiniones de una y otra página escrita con más perversidad que interés literario en alguno de los blogs o portales y a montar pastiches presentados como trabajos de clase y aun como tesinas de grado.

La gente ha dejado de leer libros porque ese es un ancestro genético de los zoológicos de dinosaurios en que terminaron convertidas las bibliotecas. Leer más de 30 páginas en una pantalla de computador o del smarh, cansa si no es que aburre. Interpretar las ideas ajenas hurgando en sus propuestas, es una labor de cada vez más pocos seres humanos, desfasados históricamente, que tratan de repetir el oficio de los monjes que copiaban a mano los libros en los conventos de la edad media antes de que Gutenberg inventara la imprenta.

Esto no quiere decir que no hay que escribir en momentos en que en los Estados Unidos su presidente ordena dar reversa a la historia, y las redes sociales en vez de sacar sus machetes para cortar de un tajo esas ideas retardatarias prefieren dejarse orientar por los dueños de sus acciones en Wall Street, que solo quieren más y más rentabilidad económica, y ayudan así dizque a atajar de alguna manera la inminente revolución que todo ese amasijo de decretos y actitudes debe precipitar algún día del no muy lejano futuro.

Por el contrario, quienes hemos ejercido el oficio de escribir, debemos hacerlo ahora con mayor ahínco, no para que nos lean sino para dejar ese mismo testimonio productivo de los monjes medievales y sostener la esperanza de que guardando las ideas en unos libros y éstos en unas catacumbas llamada bibliotecas, algún día del futuro la humanidad pueda hacer estallar en mil pedazos el muro que nos construyeron para que no siguiéramos protegiendo el ambiente, para que no siguiéramos pensando en la globalización y, sobre todo para que escribiendo (así no nos lean ahora) quede viva la llama de donde se nutran los que van a construir el gran incendio que arrasará esta estupidez en que hemos caído.

El Porce, enero del 2017